

R-30.323  
Sept

38  
32(18)

400840  
MADE IN SPAIN

lp

# SERMON

EN ACCION DE GRACIAS

POR

## LA CONQUISTA DE GRANADA,

PREDICADO EL 2 DE ENERO DE 1860

EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA

DE ESTA CAPITAL

AL EXCMO.

AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL

DE LA MISMA,

PRESIDIDO

POR EL Sr. GOBERNADOR DE LA PROVINCIA,

Y CON ASISTENCIA

DEL

EXCMO. E ILLMO. SR. ARZOBISPO

DE ESTA DIÓCESIS,

POR EL D. D. ANTONIO SANCHEZ ARCE Y PEÑUELA,

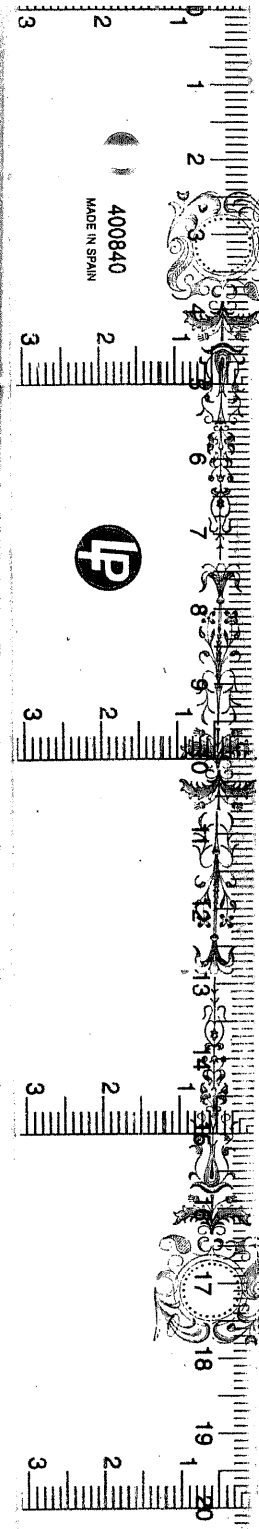
*Canónigo, Dignidad de Chantre de dicha Santa Iglesia.*



GRANADA.

Imprenta de D. Francisco Ventura y Sabatel.

1860.



R-30.323

Sept

38  
32/18



# SERMON

EN ACCION DE GRACIAS

POR

## LA CONQUISTA DE GRANADA,

PREDICADO EL 2 DE ENERO DE 1860

EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA

DE ESTA CAPITAL

AL EXCMO.

AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL

DE LA MISMA,

PRESIDIDO

POR EL Sr. GOBERNADOR DE LA PROVINCIA,

**Y CON ASISTENCIA**

DEL

EXCMO. E ILLMO. SR. ARZOBISPO

DE ESTA DIÓCESIS,

POR EL D. D. ANTONIO SANCHEZ ARCE Y PEÑUELA,

*Canónigo, Dignidad de Chantre de dicha Santa Iglesia.*



GRANADA.

Imprenta de D. Francisco Ventura y Sabatel.

1860.

Excmo. Sr.:

**R**EPETIDAS pruebas de deferencia debo á V. E., dando á la prensa gran parte de los sermones que he predicado en el período de trece años en este dia de gloria para nuestro pueblo. Hoy mas que otras veces he vacilado en aceptar tan honrosa distincion, porque habiéndome ocupado en parte de mi discurso de la guerra de África, no creia que mis reflexiones sobre asunto tan glorioso, mereciesen la consideracion que V. E. me dispensa. Yo accedo respetuoso á sus deseos, y le reitero la seguridad de mi gratitud.

Excmo. Sr.:

*Antonio Sanchez Acea  
y Peñuela.*

---

*Mementote operum patrum que fecerunt in generationibus suis, et accipietis gloriam magnam et nomen aeternum.*

I. MACH. II.—51.

Acordaos de las obras que hicieron vuestros padres en las pasadas edades, y recibireis grande gloria y un nombre eterno.

## Excmos. Sres.:

**E**llos aquellos sucesos importantes que decidieron el destino de una nacion, jamás caen en el olvido; su misma importancia y celebridad los perpetúan en la memoria de los buenos, pasando á las generaciones, por venir engrandecidos con una aureola de gloria imperecedera. Y célebre é importante es el acontecimiento, cuyo recuerdo lleva hoy el entusiasmo patriótico y religioso á todos los corazones, y congrega á los hijos de Granada, como á una sola familia, para ofrecer en las aras de la patria el santo homenaje de amor que se merece, y ante los altares del Dios de las batallas la ofrenda purísima de la gratitud y de la piedad.

¿Qué dice, sino, ese estandarte venerando que acabais de tremolar sobre las silenciosas tumbas que guardan los augustos restos de Isabel I y Fernando V? ¿Qué dice esa campana tradicional, que con sus repeti-

das vibraciones, anuncia desde las seculares torres de la Alhambra á los pueblos de nuestra vega el gozo que nos anima? ¿Qué dice todo un pueblo que se agita movido por las emociones mas dulces? Dicen á cuantos nos contemplan, que hubo en el siglo XV un ejército henchido de valor, de lealtad, de patriotismo, de fe santa que combatió á la sombra de esa bandera, defendiendo los fueros y la independencia de España, y la inmunidad de la religion católica; que hubo unos reyes que vengaron los ultrajes hechos al honor español, á las creencias que profesamos y al brillante trono donde ostentaron sus bellas prendas monarcas como Ataulfo y Walia, Teodoredo y Leovigildo, Suintila, Chindasvinto, Recaredo; que hubo una generacion tan noble, tan leal, tan decidida y denodada, que no se avino jamás á sufrir el vasallaje de un pueblo extraño, generacion que protestó con las armas en la mano contra la invasion de ese pueblo infiel, que con él luchó sin descanso por salvar su independencia, su trono, y su santuario; que se sacrificó, en fin, por lanzar de la Península á las huestes mahometanas, arrancando de su poder la joya que mas apreciaban, la hermosa y opulenta Granada. Este suceso, acaso el mas importante de nuestra historia, es sobradamente memorable para que deje de ocupar un lugar preferente entre nuestros gloriosos recuerdos.

Pero además de su carácter de grandeza, ese suceso, Excmos. Sres., comunica enseñanzas tan provechosas que alientan la fe, acrecientan el valor, avivan el patriotismo, y reproducen aquellos rasgos sublimes de

hidalgua que distinguió á los antiguos iberos. Hoy precisamente parece es llegada la ocasion mas oportuna de recibir esas enseñanzas, y con ellas saber apreciar esas cualidades que ennoblecen á los pueblos; hoy que vemos á los soldados de Castilla nuevamente empeñados en una lucha sangrienta con aquellas mismas tribus sarracenas, á quienes los tercios de Isabel y Fernando humillaron ante los muros de Granada en 1492, con aquellas tribus que no pudieron resistir el empuje vigoroso de un pueblo que las lanzaba á las costas africanas de donde habian salido. Hoy sí, mis amados hermanos, hoy es necesario abrir esa página de oro de nuestra historia, y en ella fijar toda nuestra atencion, y en ella aprender á combatir y vencer. Han trascurrido mas de tres siglos, sin que por fortuna háyamos tenido necesidad de medir nuestras fuerzas con la raza de Ismael; preciso es, pues, evocar de sus sepulcros á los que con ella combatieron por espacio de ochocientos años para que nos aleccionen, á aquellos bizarros soldados y leales patricios, cuyas proezas han sobrevivido á su frágil existencia, porque la historia las guarda con cuidado; su sangre, que es sangre de héroes, no se ha helado con el frio de la tumba; circula todavía en las venas de sus hijos, de esos valientes hermanos nuestros muy queridos, que han atravesado el Estrecho para buscar infieles que combatir en los bosques de la antigua Mauritania.

¡Quiera Dios pueda yo exponer fielmente estos pensamientos, haciendo ver que las virtudes patrióticas y religiosas de los preclaros restauradores de Granada en

el siglo XV, les merecieron la conquista de este pueblo! De estos principios deduciremos: que esas mismas virtudes deben ser la norma de los españoles del siglo XIX en la actual guerra con Marruecos, si desean adquirir grande gloria y un nombre eterno: *Mementote operum patrum, etc.*

Yo invoco, Dios mio, vuestras luces celestiales para hablar dignamente de un asunto en que tanto se interesan vuestras glorias, y las glorias de vuestro pueblo fiel, y confio me las concedereis por la mediacion de la excelsa é inmaculada Virgen María, á quien habeis encargado la proteccion de España, y para ello la decimos con toda la efusion de nuestra alma:

### AVE MARÍA.

Excusos. Sres.:

**E**L siglo XV se acercaba á su último período. Nuestra esclavitud contaba cerca de ochocientos años, y sin embargo, todavía la media luna agarena brillaba en nuestro horizonte, como si fuese uno de esos astros de maléfica influencia. ¡Ah! El oprobio de la opresion extranjera no se habia borrado de este pueblo grande y heróico, que doblegó el poder de las legiones de Numidia, y dió una leccion severa, única en los anales del mundo, al vencedor de Farsalia. ¿Será que su valor ha

desmerecido el justo renombre que adquirió en los tiempos antiguos? ¿Será que ha perdido el noble orgullo que le inspiraron siempre su libertad, su patriotismo y su religion para no capitular con el error, ni doblegarse á la dominacion de los extraños? Imposible; conserva aun aquellas virtudes que forman su carácter, y que lo hicieron émulo de naciones poderosas. Pero ha carecido, por desgracia, de aquella fuerza irresistible que da la union, de aquella fuerza que le hace repeler con energía la agresion de los mas fuertes, y con que se desborda con un arranque de impetuosidad desusada para dominar y sujetar otros pueblos.

Con efecto: olvidados los españoles de la unidad, tan necesaria para la salvacion del Estado, han retardado lastimosamente el triunfo de la Cruz sobre la enseña del mahometismo en nuestro suelo. Los reinados de Sancho y García de Navarra, de Ramiro de Aragon, de Fernando, Sancho, Alfonso y García de Castilla, Leon y Galicia ofrecen un cuadro siniestro de enconos y rencores entre hermanos; que ojalá no hubiésemos visto reproducido en nuestros dias! cuadro repugnante en que aparecieron violados los fueros sacrosantos de la patria, desatendidos los preceptos venerandos de la religion, y hasta ultrajadas las afecciones mas íntimas de la naturaleza.

Parece que Dios así lo habia permitido para expiacion de nuestras pasadas indiscreciones y para aleccionarnos para el porvenir. Mas cuando acordó nuestra completa emancipacion, contrariada por tantos siglos, su sabia providencia la preparó por una serie de com-

binaciones inesperadas, sorprendentes, como todas las que emplea cuando ha decretado cambiar la condicion de un pueblo. En el siglo XV alcanzamos la unidad apetecida, ese principio salvador de los imperios, ante el cual los intereses son unos mismos para todos, las fuerzas se concentran en provecho del procomunal, y las ambiciones se moderan, y el patriotismo se depura, y se consolidan los eternos principios del orden y de la justicia. Los bizarros hijos de la Hesperia llegaron á ser una sola familia regida por un solo código, y gobernada por un solo cetro, bajo la égida de una sola religion y una sola fe. Ante esta falange compacta é imponente, se estremecieron las huestes infieles; tembló el coloso poder de África atrincherado fuertemente en los soberbios torreones de la Alhambra, y el trono de San Fernando, sosteniendo sobre sus gradas cubiertas de trofeos las dos coronas de Castilla y Aragon en las sienes de Isabel y Fernando V, fué ya aquel agigantado árbol que Daniel nos describe en su profecía, cuya copa se acerca á los cielos, sus ramas tocan los lindes de la tierra, sus frutos son copiosos y bastan para saciar á la muchedumbre, y á cuya sombra reposan con seguridad todos los pueblos; á la vez que en el alcázar árabe de Boabdil, á través de las inscripciones de concha, nácar y oro, parece se leian estas fatídicas palabras, escritas para otro rey desgraciado: «Dios ha numerado tu reino y le ha puesto término:» *Numeravit Deus regnum tuum et complevit illud.*

Bajo tan gratos auspicios abriose la conquista de nuestra hermosa ciudad y de su reino en 1482, asaltando

la plaza de Alhama el impertérito, y nunca bien encomiado D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, prez y gloria de la milicia castellana, de quien puede decirse, como del bizarro Matathias, que acrecentó la gloria de su pueblo, y se vistió de coraza como un gigante, y se guarneció de sus armas de guerra para combatir, y cubrió los reales con su espada, siendo como leon en sus obras, y como cachorro de leon que ruge en la caza. Era uno de los vástagos de aquella nobleza española valiente, guerrera y poderosa, que olvidando su altivez y sus fueros, se acerca ya á la sombra de ese árbol gallardo que cubre el suelo español prodigándole sus beneficios; de aquella nobleza que, viendo los males de la patria, no puede continuar por mas tiempo sin someterse á la sagacidad, sublime comprension, grandeza de alma y elevados sentimientos religiosos de la heroína de España Isabel I, y á la política profunda de Fernando el Católico. Así es que ella se apresta á la contienda, llevando la mano á la espada, y poniendo en Dios su corazon; descenden los grandes de sus viejos castillos góticos, enardecidos por el fuego del amor á sus reyes, á su patria y religion.

Entonces fué cuando vimos á los marqueses de Villena, á los condes de Cabra, de Ureña, de Tendilla, de Treviño, á los duques de Alburquerque y Medina Sidonia, á los grandes Maestres de las órdenes militares y religiosas de Santiago, Alcántara y Calatrava, y á aquellos otros tantos caballeros, timbre del honor castellano y adalides de la fe, aprestados á la lid con sus agueridas y denodadas gentes. ¡Grandiosa y admirable cru-

zada que alentada por el bien del pueblo, y la gloria de la Iglesia, va á reconstruir un Estado que adquiere luego proporciones colosales, extendiendo sus dominios hasta las apartadas selvas de América, dejando pequeños á todos los pueblos del mundo!

Con soldados tan decididos ya no debe causar extrañeza sucumba á sus golpes la bien consolidada monarquía de Abderraman, de Hixem y Alhakem. Sus principios eran eminentemente cristianos, y por lo tanto har-to patrióticos, y con ellos, cuando el fanatismo ó la impiedad no los vicia, y la deslealtad no los desvirtúa, el valor acrece y forma los héroes, se obtiene la independencia nacional, las naciones llegan al emporio de la grandeza, y ya no hay triunfos imposibles, ni enemigo invencible, ni empresas temerarias, porque entonces estas se acometen con decision y justicia, se sostienen con perseverancia, y se terminan con éxito. Esa decision heroica la admiramos, sin ir mas léjos, en las batallas de Lucena, de Loja y de Lopera, y en los memorables asedios de Ronda, Vélez-Málaga, Málaga, Baza, Guadix, Almería, Salobreña, entonces importantes plazas defendidas con tenacidad por un ejército numeroso, á quien en otro tiempo inspiraron su denuedo campeones tan intrépidos como Almudhafar, y Almanzor llamado el Victorioso.

Esa perseverancia no puede ponerse en duda. Diez años de cruda guerra en nuestro país, guerra sin tregua ni respiro, en que era necesario ganar palmo á palmo el terreno, venciendo obstáculos, arrostrando graves y continuados peligros, sufriendo privaciones sin cuen-

to, y lo que es mas, luchar con enemigos tan fanáticos como los hijos del África, hasta lanzarlos de sus últimos atrincheramientos, son pruebas de esa perseverancia heroica, legada á las huestes de Isabel y Fernando, por los que en el dilatado espacio de ochocientos años jamás habian dejado de hostilizar á los usurpadores agarenos desde Asturias hasta Tarifa, y desde las costas de Valencia hasta la desembocadura del Duero.

Necesario es notar que tanta constancia y tan noble decision no podian ser verdaderamente grandes sino en fuerza del acendrado amor á la patria y á la religion, poderosa palanca que realizó la subversion del imperio árabe en España con la toma de Granada. Ese amor les daba enseñanzas demasiado elocuentes para no ser atendidas. Les referia los pasados triunfos de sus mayores, ora reuniendo un pueblo proscrito bajo la bandera santa de la Cruz y de la independencia nacional en las breñas de Galicia, de Asturias y Vizcaya, ora vigorizando ese mismo pueblo en las provincias todas de la Península para combatir la dominacion extranjera, odiosa siempre y mucho mas odiosa ejercida por los sectarios del Coram, é incompatible entonces como ahora con el carácter independiente y noblemente orgulloso de los compatriotas del Cid.

Voz tan elocuente encontraba eco en el corazon generoso de los reyes y esforzados caballeros de Castilla y Andalucía, pues parece les repetia lo que Josué á los príncipes de Israel, despues de sojuzgar á los reyes de Jerusalem, Hebron, Jerimoth, Eglon y Lachis: « No temais, ni os acobardeis; confortaos y robusteceos, por-



que así tratará el Señor á todos vuestros enemigos contra quienes peleais.» Y el valor inflamaba entonces el pecho de nuestros caudillos, y la confianza de la victoria llevaba el entusiasmo á nuestro campamento, y los briosos tercios españoles avanzaban á paso de carga y con banderas desplegadas por nuestra feraz y pintoresca vega hácia la soberbia llion de los musulmanes, hácia la prepotente Granada, para ocuparla militarmente.

Ah! Mirad, mirad, mis hermanos, hácia la Torre de la Campana. ¿No veis como brilla en ella la Cruz de los cristianos y como se agita en los aires el glorioso pendon de los hijos de Castilla? ¿No veis á los ilusos soldados del Profeta bajar de esas cumbres que dominan la ciudad para ocultar su vergüenza y su derrota al otro lado de los mares? ¡Oh! Bendito y mil veces bendito sea nuestro Dios, que de una manera tan cumplida ha protegido las virtudes de nuestros padres, concediendo el triunfo á nuestras armas. He ahí el imperio que alzóse soberbio como un gigante en las márgenes del Guadalete en el año 711. Vedlo prosternarse vencido como un pigmeo en las deliciosas riberas del Genil el 2 de Enero de 1492.

Excmos. Sres. : Herederos los españoles de aquel espíritu noble y eminentemente religioso que caracteriza á los que dieron cima á la restauracion de Granada, fuerza es que mediten hoy sobre él para grabarlo mas y mas en sus corazones, y de este modo adquieran grande gloria y un nombre duradero, triunfando de nuevo de esos mismos infieles en las incultas regiones de Marruecos. *Mementote operum patrum, etc.*

## PARTE SEGUNDA.

¿QUIÉN habia de pensar, Excmos. Sres., que á la mitad del siglo XIX habíamos de volver á encontrarnos frente á frente de esas hordas fanáticas que nuestros padres empujaron á sus guaridas de África en el siglo XV por la toma de Granada? Dios, que dispone de la suerte de los pueblos, así lo ha querido, apesar de que háyamos cumplimentado por nuestra parte aquel mandamiento del Deuteronomio dado á los hebreos, en que se les prevenía que al poner cerco á una ciudad la convidasen con la paz antes de batir sus murallas: *Quando accesis ad expugnandam civitatem offeres ei primum pacem.* Cerca de dos meses hace que la guerra desgraciadamente estalló contra ese pueblo iluso. No han sido los españoles quienes como él invadió nuestros hogares con harta injusticia y pérfida traicion, arrollando nuestras legiones en las llanuras de Laina á orillas del Guadalete, allá en los dias del siglo VIII, y llevando á todas partes la horfandad, la desolacion y la muerte. No: ellos, animados del espíritu del cristianismo, han pedido con David que el Señor confundiese á las gentes que quieren guerras. *Disipa gentes quæ bella volunt.* Ellos estaban muy lejos de provocar á la contienda á sus enemigos, aunque sobradas razones hubieran tenido para ello antes de ahora, si estos enemigos no los hubiesen provocado con insistencia, y con el mayor de los ultrajes, violando el escudo de nuestras armas, donde figuran la corona de nuestra Reina, el leon de nuestro pueblo, y lo que es mas, la Cruz

bendita de Jesucristo. Obrando así han satisfecho como siempre la voz de su hidalguía y de su religion; pero ni esa religion, ni esa hidalguía podian consentir por mas tiempo los bruscos insultos de los infieles. Por esto nuestra soberana D.<sup>a</sup> Isabel II ha confiado á su leal y valiente ejército lavar la mancha con que se ha pretendido mancillar la honra de la nacion que le legó Isabel I, engrandecida suficientemente y libre de la esclavitud agarena con la conquista de Granada. Oid ya el estruendo del cañon en las vecinas costas de Marruecos.... ¡Plegue á Dios conceder la victoria á las armas cristianas para bien del Estado y de la Iglesia!

¡Y cuál es el deber de todo español, Excmos. Sres., hoy que el grito de guerra resuena en los ámbitos de la Península, y se vé á los bravos de Castilla empeñados en ruda lid con la raza musulímica? Ah! No otro que recordar las santas tradiciones de nuestros mayores y seguirlas con fidelidad, si como ellos deseamos adquirir grande gloria y un nombre eterno. *Mementote operum, etc.*

Esas tradiciones venerandas nos hablan del valor, de la decision, de la perseverancia en los sufrimientos, cualidades necesarias en el arte de la guerra, de que nos dieron multiplicados ejemplos aquellas invictas legiones que acaudillaban para la conquista de esta ciudad los monarcas católicos de Castilla y Aragon. No seré yo quien se ocupe de esas dotes militares tratándose de nuestro ejército. No ha habido necesidad de clamar como en otro tiempo lo hizo el profeta Jeremías con aquella conminacion terrible dirigida á los caldeos

para exhortarlos á pelear contra las huestes de Moab: «Maldito aquel que hiciere esta obra de Dios con negligencia y de mala gana, y maldito tambien el que no usare de su espada en tan justa guerra.» Ah! nó: esa espantosa amenaza queda reservada para aquellos soldados que se intimidan ante los enemigos de su Dios y de su pueblo. Los soldados españoles quizá tienen demasiado valor, y un arrojo demasiado, hallándose al frente de sus enemigos, como ha indicado su ilustre General en Jefe, el Excmo. Sr. Conde de Lucena, en su parte de 6 de Diciembre último. ¡Vacilaron sino al oír el clarín que los llamaba al campo de batalla? ¡Qué digo? Ellos se han anticipado á la voluntad de sus Jefes, ellos han solicitado con una emulacion, digna de los vencedores de Pavía y San Quintin, del Salado, las Navas y Simancas, y de los que en Santafe impusieron la ley del vencedor á los altivos moros granadinos, formar parte del ejército de África, cuando no todos eran llamados á esa arriesgada y penosa campaña; ellos se han separado de nosotros con el ardimiento de los bravos, con el entusiasmo de los héroes, y ese ardimiento y ese entusiasmo los han llevado á las privaciones y fatigas de un campamento dilatado, donde su espíritu marcial no ha decaido hasta ahora ni un solo momento, á pesar del rigor de las lluvias y de hallarse en un país erizado de dificultades; los han llevado á ocupar las fortificaciones de los incultos y feroces berberiscos, á defenderlas con constancia, y á hacer célebres sus nombres en tantos triunfos como combates han empeñado; los han llevado, en fin, á derramar con alegría su

sangre en las aras de la patria y de la religion, obrando proezas inauditas. ¡Sangre preciosa! Ella sube en majestuoso vapor hasta el trono mismo del Dios de las batallas, quizá para servir de ofrenda de expiacion por nuestros pecados, y como un homenaje de respeto, un tributo sagrado debido á las santas leyes de la patria, y tal vez como una garantía de gloriosa inmortalidad.

Pero ese denuedo bélico, ese valor militar necesita el apoyo de la virtud para ser verdaderamente grande; en esto se distinguen los héroes cristianos, de los mentidos héroes de la filosofía, y esa virtud viene del cielo. La religion la crea en los soldados cristianos, la religion la nutre con sus inspiraciones santas, la religion la ennoblece y dignifica, y este elemento de triunfo y de grandeza heróica es otra de nuestras tradiciones gloriosas. Así lo hemos admirado siempre y muy señaladamente en los que rompieron las cadenas que por muchos siglos nos aherrojaron bajo el ominoso poder de los africanos. Ellos, al acometer la noble empresa de nuestra emancipacion, repitieron como un solo hombre las mismas palabras que Matathias pronunció en el exceso de su dolor en el monte Modin, en presencia de sus fieles hijos: «Las cosas santas están en manos de los extraños; su templo es como un hombre deshonorado; los vasos de su gloria llevados han sido en cautiverio; sus ancianos son despedazados en las calles, y sus jóvenes han muerto al filo de la espada de sus enemigos. ¿De qué nos sirve vivir aun? Dios sea nuestro amparo; todo aquel que tenga celo por la ley y esté pronto á guardar la alianza que tiene hecha con Dios, salga

al campo de batalla en pos de mí.» Estas fueron sin duda las palabras de los caudillos españoles del siglo XV, dictadas por la fe religiosa; miraron al cielo de donde viene todo auxilio; imploraron éste por la mediacion de la Santísima Virgen, auxiliadora de los cristianos, cuya sagrada imágen, que todavía veneramos en una de las capillas de esta Santa Iglesia, los acompañaba á sus campamentos como custodia de ellos, y el resultado de esa fe... vosotros, mis hermanos, lo acabais de oír; fué la conquista de Granada, fué la salvacion del trono y del país, y la completa expulsion de España de esa raza infiel que hoy lucha con el mismo fanatismo, con la misma audacia y ceguedad que en el siglo XV contra nuestros buenos hermanos.

¡Quiéera Dios que estos no hayan olvidado la loable conducta de nuestros padres! ¿Y cómo olvidarla si son españoles, si han sido engendrados en Jesucristo por el evangelio, merced á los trabajos apostólicos de nuestro patrono Santiago, si son herederos y profesan la fe de Recaredo y Pelayo, de Isabel y Fernando, y hoy súbditos de una Reina católica, de una Reina que al despedir al General de su ejército para ponerse al frente del mismo lo hace con las palabras y demostraciones que dicta la confianza mas acendrada en aquel Dios que mortifica y dá la vida, que nos conduce á las puertas del abismo y nos aparta de ellas?

Es verdad que esos enemigos combaten con un valor que raya en temeridad, segun hemos visto en los repetidos encuentros habidos hasta el dia; que ellos han publicado la guerra santa, conmoviendo sus caudillos y

santones todo el imperio. Pero qué importa? Bien puede España decirles lo que con estilo irónico decía Dios á otro pueblo por ministerio del profeta hijo de Phatuel: «Intimidad guerra, aparejaos para ella, despertad á los valientes; levántense y lleguen todos los campeones; convertid vuestros arados en espadas y vuestros azadones en lanzas; salid fuera y venid todas las gentes del contorno; allí hará Dios caer tus valientes: *ibi occumbere faciet Dominus robustos tuos.*

¿Acaso necesitamos pruebas de esta verdad reconocida por todos los siglos? Acabamos de recibir una muy concluyente. Pocos momentos antes de subir á ocupar esta sagrada cátedra, cuando ya habia comenzado esta grandiosa solemnidad, he leído un despacho telegráfico oficial en que se nos anuncia un triunfo mas de nuestras gloriosas armas, protegidas por el brazo de Dios. Esos desgraciados infieles en el día de ayer han experimentado nuevamente la bravura y arrojo de nuestros bizarros batallones. La division de reserva mandada por el denodado General Prim, auxiliada solamente de ocho batallones del segundo cuerpo de ejército, se ha apoderado de posiciones ventajosas del enemigo, que aun conserva; la caballería española ha arrollado á la caballería musulmana, le ha cogido una bandera, ha rebasado su campamento. Esa division heroica, como las demás de nuestro ejército, ha vencido ¡cosa admirable! á cuarenta ó cincuenta mil soldados árabes, y los ha vencido acaudillados por el mismo Muley Abbas, hermano del obcecado emperador de Marruecos, causándole una pérdida de grande consideracion.

¡Cuán cierto es que así humilla siempre nuestro Dios á los enemigos de su santo nombre, al mismo tiempo que comunica su invencible energía á los que profesan cordialmente su adorable religion! ¡Ah! Los antiguos que tenian una noticia confusa de la fuerza vital que reside en todo sistema religioso, ha dicho un escritor de nuestra patria, creian que ninguna ciudad podia ser vencida si antes no era abandonada por los dioses nacionales. Desventurada la ciudad donde resonaba tremenda aquella voz que decía: «Vuestros dioses se van; vuestros dioses os abandonan.» El pueblo de Israel no podia ser vencido cuando Moisés levantaba las manos al Señor, y no podia vencer cuando las derribaba hácia el suelo. Moisés es la figura del género humano, proclamando en todas las edades con diferentes fórmulas, y de diferente manera la omnipotencia de Dios y la dependencia del hombre, el poderío de la religion y la virtud de las plegarias.

Pues bien, Excmos. Sres., elevemos nuestras manos y nuestros corazones hácia Dios por el triunfo de nuestras armas en África, cuyos primeros combates, felices para nuestra causa, son un presagio de la victoria completa que todos apetecemos. Recordemos que así lo practicaron nuestros padres cuando emprendieron la gloriosa conquista de nuestro pueblo. Obrando así, y no de otra manera, clavaron ese estandarte victorioso en los muros de la infiel Alhambra: *Mementote operum patrum quæ fecerunt in generationibus suis.* Hoy la segunda Isabel ha desplegado la bandera de Covadonga y de Granada en las costas de Berbería. En ella ha

fijado la imágen que representa á la adorada Virgen María en el Misterio de su Concepcion Inmaculada, y la ha entregado á su ejército, despues de recibir la bendicion de la Iglesia en la capilla del regio alcázar. ¡Cuánto dice este arranque de piedad de la excelsa Isabel! ¡Ah! Que esa bandera, gloriosa enseña del patriotismo y de la fe cristiana, guie á nuestros hermanos á la victoria; que ella los proteja en la hora del combate; que se tremole sobre los muros de las ciudades infieles, cual sobre las almenas de Granada, y á su sombra perseveren nuestros soldados en la carrera del honor y de la virtud, y á su sombra se acojan los desgraciados soldados del Islam para gozar de las ventajas de la civilizacion española, de la munificencia de una Reina, que es una cariñosa madre de cuantos sufren y tienen la alta honra de ser sus súbditos, y para participar de los inefables consuelos que prodiga la religion de Jesucristo á todos los que la profesan. Estos son nuestros votos que nacen de lo mas íntimo del corazon, y con ellos está identificado todo el país. La Iglesia, interesada como siempre en el triunfo de tan santa causa, no cesa de repetir sus plegarias entre el vestíbulo y el altar para interesar al cielo en ella; nuestros respetables prelados los Sres. Obispos han impetrado de Dios sus bendiciones para comunicarlas con santa caridad á nuestros hermanos, al despedirlos para marchar al África; todas las clases del Estado se han apresurado á presentar su ofrenda á los piés del trono de la magnánima Isabel, y hasta nuestras pobres religiosas, unidas á mil y mil señoras cristianas, han depositado su óbolo en el gazofi-

lacio que la caridad de Jesús ha abierto para socorrer á nuestros soldados en los hospitales. ¡Looor eterno á tanta abnegacion, bendicion cumplida á los piadosos y leales hijos de la Iglesia! porque cada cual por su parte contribuye á salvar el honor de la patria, el esplendor del trono y los sagrados fueros de nuestra religion. Verdaderamente son los hijos de los libertadores de Granada; merecedores son tambien de adquirir como ellos una grande gloria y un nombre imperecedero: *et accipietis gloriam magnam et nomen æternum.*

Plegue al cielo, mis amados hermanos, que nada sea capaz de entibiar ese amor patrio, esa lealtad, esa fe pura; ni los contratiempos que podamos sufrir en la suerte de las armas, ni las pasiones políticas que pudieran revivir, por fortuna hoy apaciguadas, ni los grandes sacrificios que tan gloriosa empresa pueda reclamar, empresa que acaso sea la continuacion del engrandecimiento de nuestro país y de las glorias de nuestra Iglesia, comenzado con la toma de Granada. Esperemos que así suceda, practicando el bien auxiliados de la gracia del Todopoderoso, y á la vez que demos gracias á este Señor por el triunfo de nuestras armas en 1492, pidámosle nuevos favores en la actual contienda, valiéndonos de aquella sublime oracion de Nehemías al hallar el fuego sagrado que los judíos dejaron oculto antes de marchar cautivos á Caldea.

Señor Dios, que libras á Israel de todo mal, que escogiste á nuestros padres y los santificaste, acepta propicio el sacrificio de alabanza y gratitud que hoy te presentamos á nombre de tu privilegiada nacion y muy

principalmente de tu fiel Granada: *Accipe sacrificium pro universo populo tuo Israel.* Guarda, Señor, tu pueblo predilecto que sacaste del poder mulsuman y santificalo con tu gracia: *Custodi partem tuam et sanctifica.* Salva, Dios mio, del hierro y del fuego enemigos á nuestros hermanos que combaten en África; reúnelos triunfantes con nosotros, y esas naciones infieles que desconocen tu inmenso poderío así sabrán que tú eres nuestro Dios: *Congrega dispersionem nostram... ut sciant gentes quia tu es Deus noster.* Humilla á esos mismos que un dia nos oprimieron, y ahora nos insultan con soberbia; pero humíllalos haciéndoles ver tus infinitas misericordias, y no lanzando sobre ellos los rayos de tu santa cólera: *Afflige oprimentes nos, et contumeliam facientes in superbia.* Y al fin concédenos dias de paz, de prosperidad y de ventura á la sombra de tus santos tabernáculos: *Constitue populum tuum in loco sancto,* y así vivamos gozando de tu inefable bienaventuranza en la Jerusalem viviente por los siglos de los siglos. Amen.

